

César Vidal

EL VIENTO DE LOS DIOSSES

mr · ediciones

I

EL LIBRO DE LA
ESCLAVITUD

DEL LIBRO DEL SAMURÁI

Y tomó el pincel, y sumergió su punta de cerdas de animal en la negra tinta y escribió:

He descubierto que el do del samurái no es otro que la muerte. Sé que no pocos piensan que morir sin haber logrado cumplir con la misión es morir en vano. Pero ese razonamiento no se corresponde con la verdad y es más digno de comerciantes o campesinos que de un samurái.

Por el contrario, me consta que aquel que elige continuar viviendo cuando ha fracasado en su misión es el que merece el desprecio. A ése hay que considerarlo precisamente un fracasado. Mejor que él es incluso el que, tras recibir un revés, acepta fanáticamente la muerte. Al menos, éste no sufrirá la deshonra.

El que aspira a ser un samurái perfecto se prepara para morir por la mañana y por la tarde, lo hace a lo largo de todo el día. Y entonces, cuando en todo momento está dispuesto a morir, consigue dominar el do y puede consagrar de forma infatigable toda su existencia a su señor.

FAN

I

Fan observó las negras catapultas, inmóviles y gigantescas como si se tratara de dragones dormidos y no pudo evitar experimentar un sentimiento de compasión hacia sus futuros enemigos. Sabía sobradamente lo que aquellos enormes monstruos de madera y acero podían causar en cualquier muralla por fuerte y vigorosa que fuera. Lo sabía porque había sido testigo de ello en repetidas ocasiones. La última, tan sólo unos meses atrás, había tenido como escenario Hsiang-yang, donde las tropas del Gran Jan se habían enfrentado a los sung del sur. ¡Pobres sung! ¡Creían que podrían tener alguna posibilidad de éxito contra aquella suma de fuerza y movilidad mongola, y astucia y perseverancia china! Primero, los habían obligado a encerrarse en sus ciudades simplemente porque los jinetes del Gran Jan eran imposibles de contener y, luego, habían llegado las máquinas. ¡Sus máquinas!, pensó con no oculta satisfacción Fan. Había bastado ponerlas en su debido funcionamiento para acabar con la menor resistencia.

Fan era un experto en otras materias y habilidades que iban desde la administración a la caligrafía pasando por el manejo de la espada. De hecho, habría deseado que sus actividades militares hubieran terminado con aquella campaña, tanto más de lo que ansiaba retomar tareas de carácter civil. Sin embargo, el Gran Jan había considerado todo de manera muy diferente. A decir verdad, cuando tuvo lugar su regreso a la capital, no había podido expresarlo de manera más clara.

Le había visto una de esas mañanas que sucedían a la elección de una nueva concubina. Sí, mongola, por supuesto. El Gran Jan tenía preferencias muy claras. Le gustaban las que pertenecían a la tribu de los ungratos porque poseían una piel especialmente suave y mostraban una especial habilidad para vestirse, componerse y aderezarse. Eso explicaba que cada dos años, los ungratos le enviaran un centenar de mujeres de aquella tribu. Naturalmente, el Gran Jan no aceptaba cualquier cosa. Había dispuesto que las damas mayores de palacio durmieran con las recién llegadas durante unos días para determinar si tenían un aliento bueno y agradable, si eran limpias y si no roncaban. Si a esas virtudes añadían las de no presentar señales desagradables y ser vírgenes el Gran Jan las añadía al número nada reducido de sus concubinas. ¡Ay!, se había dicho Fan, hasta en el lecho tenía el Gran Jan que mostrar su preferencia por lo mongol.

Aquella mañana, el Gran Jan le había recibido, en compañía de otros dignatarios vestidos todos ellos con amplias hopalandas de finísima seda. No tenía buen aspecto el sobe-

rano. En realidad, presentaba bolsas abultadas bajo los ojos encendidos y una palidez mortal desplegada como un velo sobre su rostro. Al verlo, Fan supo que lo que le habían dicho era verdad, que el Gran Jan se había pasado la noche determinando si la selección de concubinas era la correcta. Bueno, eso era cosa suya... Lo que le había agradado menos había sido que apenas hiciera una referencia a la victoriosa campaña que había concluido en el sur. Es verdad que él era sólo un funcionario ocupado en los últimos tiempos del correcto funcionamiento de las máquinas, pero se habría sentido complacido si el Gran Jan les hubiera reconocido su parte en el éxito. No lo había hecho. Por el contrario, les había manifestado que iba a partir de caza –una de esas cacerías que podían prolongarse durante semanas y en las que por flecha o halcón caían abatidas millares de piezas–, pero que antes deseaba indicarles cuál sería su próxima misión.

Lo hizo –eso sí– vestido como un *zhon guo ren*, cubierto hasta la cabeza de seda de la tierra Zhon guo y empleando el lenguaje de la tierra. Su antepasado Gengis había sido un *ye man* y no podía negarse, pero el Gran Jan sólo debía ser calificado de hombre civilizado, incluso refinado, aunque, eso sí, conservara algunos gustos un tanto discutibles, como el de su preferencia por las mujeres de los ingratos.

Aquella mañana, por ejemplo, no se movió ni un instante del trono, lo que Fan interpretó como una muestra de que la gota del Gran Jan no estaba pasando por sus mejores momentos. Le constaba que era posible encontrar un alivio

si tan sólo hubiera estado dispuesto a modificar la dieta que consumía, si hubiera decidido abandonar –al menos por una temporada– aquellas costumbres alimenticias propias de un pueblo *ye man* y a comer más soja y más arroz en lugar de tanta caza. Pero en esta cuestión, como en otras, el Gran Jan se mostraba poco dispuesto a dejarse aconsejar por un *zhon guo ren*.

Sin embargo, con su pesadez corporal y todo, el Gran Jan demostró aquel vigor extraordinario que nunca dejaba de impresionar a Fan y a todos los que lo conocían. Sin ningún preámbulo, anunció a los presentes que el enfrentamiento con los sung había resultado un éxito, pero que sólo era el primer paso de una campaña mucho más amplia. Chasqueó entonces los dedos y dos funcionarios desplegaron diligente y rápidamente un extenso mapa.

–El país de los sung del sur –comenzó a decir el Gran Jan– ha sido sometido y su intolerable altivez castigada...

Uno de los funcionarios señaló con un puntero pintado de rojo la zona del plano a la que se estaba refiriendo el Gran Jan. Fan llegó a la conclusión de que o se proponía darles una lección de *di li xué* o entre los presentes había gente que no había tenido relación alguna con la campaña y necesitaba alguna información adicional.

–A pesar de todo –prosiguió el Gran Jan– todavía quedan rebeldes. En algunos de los puertos...

La palabra «puertos» fue subrayada por golpecitos firmes del puntero sobre distintos lugares del mapa.

–... la rebelión se mantiene. Así es porque reciben ayudas y suministros de unas islas conocidas como...

El puntero alargado del diligente funcionario quedó suspendido en el aire, seguramente a la espera de que el Gran Jan indicara cómo se llamaban los lugares en cuestión. Sin embargo, el gotoso soberano parecía haber perdido el prolijo hilo de su exposición. Por un instante, nadie se movió, nadie dijo nada, nadie respiró a la espera de que recuperara la memoria. No lo hizo. Se limitó a chasquear nuevamente los dedos y un funcionario, ataviado con una túnica de hermosísima seda azul, se acercó con pasos cortos al Gran Jan, se inclinó, suave y respetuosamente, sobre su oído derecho y pronunció una palabra que nadie, salvo él, pudo escuchar.

–... conocidas como Je-pen-kuo –dijo al fin el Gran Jan y los presentes sonrieron pletóricos de satisfacción.

–Desde esas islas –continuó con gesto ceñudo– se proporciona ayuda a los súbditos rebeldes. Semejante conducta no puede ser consentida.

Un gesto de ira, silencioso pero firme, apareció en los rostros de casi todos los presentes como convencida corroboración de lo que acababan de escuchar.

–Nuestro imperio es poderoso y fuerte, pero también es justo y clemente. Antes de desenvainar la espada, intentamos siempre evitar la guerra.

El Gran Jan hizo una pausa como si esperara que aquella declaración calara hasta lo más profundo del corazón de los presentes y continuó: